Yo quería que aquel 14 de febrero Jazmín recibiera el regalo más lindo del mundo.

Para juntar el dinero necesario tuve que trabajar por las tardes como un esclavo: barrí y trapeé el piso del chifa Chin Chun. Lavé todos los taxis de la cooperativa de transportes Jota Jota que tiene su central a una cuadra de mi casa. Arranqué todos los hierbajos que habían crecido en el jardín de la señorita García, y eso no es poca cosa, porque ese jardín alcanza para una lavandería, una pequeña huerta, una cancha de voleibol y un bosque tan grande que en cualquier momento podría ser declarado reserva natural. En mi barrio dicen que, de no ser por el bigote y por el tamaño de sus pies talla 42, la señorita García podría ser considerada la soltera más deseada en la ciudad.

Pero además de todos esos trabajos sacrificados, cuidé a mis hermanas toda una tarde (con cambio

de pañal incluido) y me comprometí a bañar al perro San Bernardo de la familia Jarrín, al que cariñosamente llamaban el Morsa.

Este último trabajo fue un verdadero atentado contra mi integridad física, ya que el Morsa era muy «juguetón» y le encantaba jugar al muertito. Pero, claro, el muertito era yo, y él era la mole que me aplastaba en el piso hasta dejarme sin aire.

Logré bañarlo por primera vez en su vida, y yo me quedé con olor a perro mojado durante un largo mes.

Todas estas experiencias laborales solo tenían un objetivo: juntar el dinero necesario para comprarle a Jazmín Espinosa el regalo más lindo y romántico el 14 de febrero.

Cuando coloqué sobre la mesa los cinco billetes más gordos que había logrado ahorrar en mi vida, me sentí orgullosísimo. Los conté, los enrollé y luego los envolví con una banda elástica. No quería que se me extraviaran.

Y cuando aún disfrutaba de mi felicidad, sin darme cuenta, apareció a toda carrera Chulpi, mi perro, y de un bocado se tragó los billetes.

Luego, el muy desgraciado, ladró contento y movió la cola.

Jazmín

Jaimito Rodrigo Espinosa, con ese nombre tan angelical, era un tirano.

Medía un metro quince, pero atemorizaba a todo el barrio como si fuera un gigantón de dos veinte.

Recuerdo con claridad que, cuando todavía no había aprendido a leer y escribir, ya era el rey del grafiti callejero.

Era el último hijo varón luego de cuatro hijas mujeres, en una familia de padre machista que nunca perdió la esperanza de tener un sucesor que llevara su nombre y apellido. Para diferenciarlos al padre se lo conocía como Jaime a secas, y al hijo como Jaimito Rodrigo.

Era un consentido insoportable y su mamá se derretía de amor ante el único hijo varón. Todos los diminutivos estaban presentes a la hora de referirse a él, y se pronunciaban con los labios apretados, haciendo con ellos un pico, para que palabras como

«chiquito, reycito y preciosito» tuvieran toda la cuota indispensable de cursilería maternal.

A nadie, jamás, podría ocurrírsele llamar al niño Jaime, o Rodrigo... ¡eso nunca! De llegar el caso podría correr sangre. Los padres lo habían inscrito en el Registro Civil con el primer nombre en diminutivo y exigían que se respetara su decisión. A la tía Loli, maestra de la guardería, la corrieron del trabajo porque tuvo la osadía de llamarlo Jaimito, cuando la obligación impuesta por los padres era que al referirse a él se lo hiciera con sus dos nombres, y de corrido para que sonara de un solo golpe: Jaimitorrodrigo.

La familia había desarrollado un floreciente negocio (¡literal!), a través de una próspera floristería creativamente bautizada como El Palacio de las Flores.

El padre era un corpulento señor, ex boxeador peso pesado, que luego de morderle una oreja a un árbitro fue expulsado de la federación de box.

La madre de la familia Espinosa era una señora pequeñita que hablaba, enredadamente, sin parar. Ni siquiera se detenía para tomar aire. Una vez que ella comenzaba, podía estar siete meses sin pausa; por eso, todos en el barrio la conocían como La Enredadera.

Recuerdo que una vez acompañé a mi mamá a comprar un pequeño ramo que yo llevaría a mi

profesora, la señorita Ana Lucía Escobar, en el día del maestro. Cuando llegamos a la floristería, La Enredadera se dispuso a preparar el ramo y, mientras tanto, halagó a mi mamá diciéndole que el vestido azul que llevaba era muy bonito.

—Gracias —respondió mamá—, lo tenía guardado desde hace muchos años y ahora ha vuelto a ponerse de moda.

Entonces La Enredadera comenzó con su blablá:

—Sí, tiene razón, las cosas vuelven a ponerse de moda. Yo tenía un lindo pantalón anaranjado que me regaló mi tía Esther que, por cierto, murió hace tres años con un problema del pulmón porque el marido fumaba mucho, casi una cajetilla al día; es que él era muy nervioso porque trabajó 40 años como controlador aéreo, porque le gustaban mucho los aviones, él no tenía miedo como yo, que cada vez que me subo me pongo a temblar y rezo una oración a San Antonio, que es mi santo preferido, porque todos en mi familia hemos sido muy devotos, desde que mi mamá le pidió que le hiciera el milagro de que mi hermana Judy consiguiera marido, porque mi hermana no era muy simpática y jamás había tenido un novio, es que ella era muy tímida y se había dedicado a los estudios, por eso se graduó de licenciada en Educación, con las mejores notas, y pudo conseguir un buen trabajo en el Mi-

nisterio de Cultura y gana un muy buen sueldo, por eso acaba de comprarse un departamento en la playa que ha decorado con unos muebles preciosos, de esos que están a la moda, con colores vivos, los de la sala son anaranjados, como un lindo pantalón que me regaló mi tía Esther, que, por cierto, murió hace tres años con un problema del pulmón porque el marido fumaba mucho...

Entonces, en ese momento, cuando mamá y yo sentimos que nuestras cabezas estaban a punto de explotar, mamá puso un billete sobre el mesón, recogió el pequeño ramo y salimos corriendo con la disculpa de «Lo siento, nos tenemos que ir, el niño se atrasa al colegio».

Margarita, Rosa, Violeta y Jazmín (todas con nombres muy floridos) eran las hermanas mayores de Jaimitorrodrigo, la mayor tenía 15 y la menor 12, todas ellas eran muy tímidas y absolutamente sometidas ante la tiranía del pequeño monstruo de diez años.